



Nada te turbe

In memoriam Christine Kaufmann

"Todo está por escribir mientras no llegue la muerte". Es el primer verso del poema *Hoja en blanco*. No es el horror al vacío de la página lo que declara el verso, sino la urgencia por hacer de la escritura el testimonio de la propia vida. Conocí a su autora una tarde de verano de 1989 en el convento de La Concepció de Mataró. Ella tenía 50 años y era priora de una comunidad de carmelitas descalzas. Su rostro saltó un día a un programa de televisión. Por primera vez se pudo ver y oír a una monja de clausura elevar una oración en público, hablar con libertad y encanto de una vida dedicada al amor a Dios, y de la radical novedad de las enseñanzas de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, maestros espirituales que fundaron su orden religiosa.

Christine Kauffmann nace en 1939 en Baden (Suiza). Llega a Barcelona a los 19 años fascinada por el mundo mediterráneo y, secretamente, para confirmar una certeza muy anterior. En un esbozo autobiográfico dice: "A los 12 años me encuentro con el cuadro de El Greco *Mater Dolorosa*, que me suscitaba el deseo de conocer el país donde lo pintó el artista. Detrás de aquel encuentro, se escondía la primera insinuación de Dios a la vida contemplativa". Permanece diez meses con una familia numerosa en Barcelona como *nurse*. Regresa a Suiza. De vuelta a Barcelona prepara su entrada en la vida contemplativa: "En 1964, un 7 de marzo, ingreso en el Carmelo de Mataró. Desde entonces mi vida transcurre entre las pequeñas cosas de cada día en una comunidad de mujeres consagradas al mismo ideal, con sus luces y sombras, con la profunda paz, inquebrantada, de

quien sabe que está en el camino que Dios le ha brindado para la vida”.

Los últimos cinco años ha vivido retirada en la montaña haciendo suyos los versos del *Cántico espiritual* de Juan de la Cruz “En soledad vivía / y en soledad ha puesto ya su nido / y en soledad la guía / a solas su querido / también en soledad de amor herido”. Nada había en ella que no respondiera a la llamada del Amado, incluso en la más oscura noche del espíritu. Cuando abandonamos su celda tras el último beso de adiós leo en una tarjeta clavada en la pared: “Nur Gott...” Y acuden a mí los versos de Teresa: “Sólo Dios basta”. Ahora todo queda escrito.

Amador Vega Esquerra